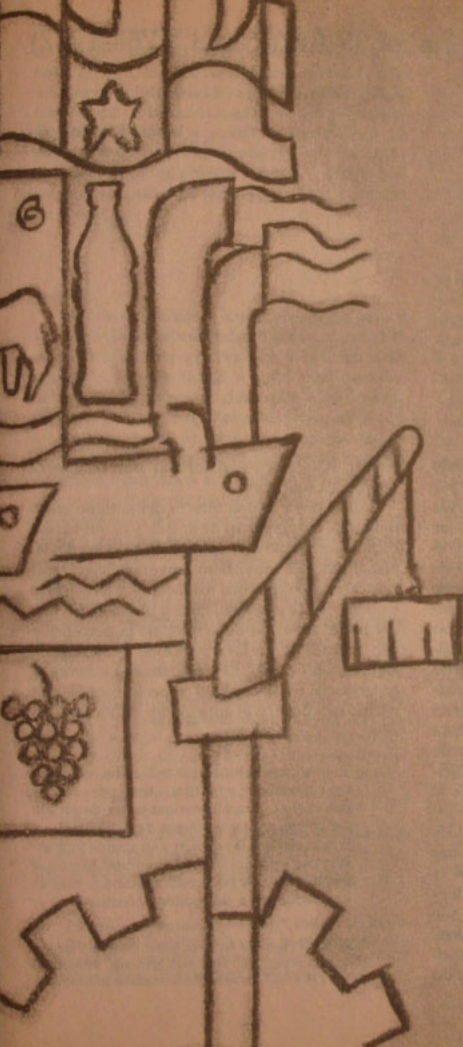


PUEBLOS INDÍGENAS Y TERRITORIO



Guerra y lucha faccional en la Araucanía (1764-1777)

Leonardo León Solís
Universidad de Valparaíso

Durante el período colonial, la Araucanía fue el escenario de dos guerras: la guerra desatada por sus habitantes contra los españoles para preservar su autonomía, y la guerra que libraron contra sus propios líderes para preservar su libertad y el modo de vida tribal. La primera guerra fue de índole territorial, la segunda asumió el carácter de una guerra social. Mientras la primera se desarrolló principalmente en las regiones fronterizas del territorio indígena, la segunda tuvo una manifestación más subterránea y sutil. A veces de modo simultáneo y otras veces en secuencia, ambos conflictos dejaron en evidencia que los mapuche no concebían la libertad como un don de los dioses ni un capricho de la naturaleza, sino como el fruto de una lucha constante, sangrienta y a veces fratricida, que se emprendía día a día en defensa de la igualdad.

Entre 1760 y 1780, las rivalidades entre caciques gobernadores, lonkos, ulmenes y capitanes-conas recrudecieron con inusitada fuerza a través de la Araucanía. Rehues, ayllarehues y butalmapus fueron conmocionados por las guerras internas, que se libraban para frustrar las ambiciones de quienes pretendían capturar y monopolizar el poder tribal. El territorio mapuche se convirtió en ese período

en un espacio convulsionado por la guerra interétnica y faccional.

Inspirados por una mezcla del antiguo *ethos* militar de los guerreros de antaño y el individualismo oportunista que aprehendían de los hispanos, algunos jefes invirtieron sus energías en forjar una carrera política que los llevaría a convertirse en hombres de prestigio, fama y gloria en la cima del poder tribal. Se desarrolló así la percepción generalizada de que las aspiraciones e intereses de algunos jefes constituían una amenaza contra el orden social tradicional. Al respecto, escribió con particular intuición el gobernador de Valdivia en 1766:

Su política se reduce a que cada reducción y aun cada parcialidad y ranchería tiene por cabeza a un cacique principal, pero la sujeción (de que son tan enemigos, como amigos de la libertad) . . . Esta aversión a la sujeción y su grande propensión a ser tan adictos a sus costumbres, juzgo que son los dos más poderosos obstáculos para su total reducción a vida política y cristiana.¹

1. "Informe de Phelix de Berroeta, gobernador de Valdivia, 23 de agosto de 1766", Biblioteca Nacional, *Manuscritos Medina* 194, f. 16. Colección citada en adelante como *MM*.

El objeto de este trabajo es el estudio histórico de la lucha faccional por el poder en la Araucanía entre 1760 y 1780, desencadenada por las acciones militares y políticas de los lonkos llanistas Agustín Curiñandu, de la parcialidad de Angol, y Francisco Ayllapangui, de la parcialidad de Malleco. Se subraya en la reconstitución de estos hechos tanto el modo de hacer política como las formas que asumía el acceso al poder en la sociedad mapuche de la época.

I

La historia de Curiñandu y Ayllapangui parece inserta en los conflictos intertribales que sacudieron a los butalmapus entre 1760 y 1780; en estas confrontaciones se fundió la lucha individual por el poder político que se desarrolló entre lonkos, caciques gobernadores y capitanes de guerra, con las disputas que surgieron entre las grandes agrupaciones tribales para capturar nuevos recursos naturales y humanos. Si bien a través de las guerras se perseguía consolidar la posición y rango de los respectivos líderes, también se pretendía asegurar a través de esos medios los nuevos ámbitos geoeconómicos y territoriales que cada butalmapu, linaje o cacicazgo lograba influenciar. La lucha por el poder político y territorial era al mismo tiempo una empresa individual y una empresa tribal. El indio que lograba acumular riquezas, escribió Martínez de Bernabé:

es más respetado y conocido por guilmen, epíteo suficiente para tener más parciales y obedientes y como en estos términos es mirado el cacique, no se diferencia en sus juntas de los demás, sino en el asiento con primacía y tener la para romper la voz de su parte...²

El éxito o fracaso de las estrategias individuales afectaba tanto a los líderes como al resto del segmento social y a la tribu en su totalidad. Como

manifestaba el obispo de Concepción a mediados de la década de 1790:

en orden a las guerras entre sí mismos muy rara vez la tiene una parcialidad general (que llaman Butalmapu) con otra. Ellas se mueven comúnmente contra una u otra parcialidad particular vecina que se mira como enemigos... en ellas se dirigen por los respectivos gobernadores o caciques que son los árbitros de estas guerras o de las paces.³

El proceso de confrontación intra e intertribal durante el período 1760-80 estuvo configurado por tres grandes eventos. En primer lugar, por el incipiente desarrollo de un nuevo butalmapu, el Inapiremapu o butalmapu piemontano, que trataba de escindirse del butalmapu llanista. En segundo lugar, por la consolidación del proceso de araucanización de las pampas, que como un verdadero telón de fondo daba sentido lo que ocurría en la Araucanía tradicional. En tercer lugar, se debe mencionar la consolidación de las relaciones de coexistencia que se forjaron entre los principales cacicazgos llanistas, costinos y pehuenches, y los vecinos de Concepción a lo largo de la frontera del río Biobío. Mientras la araucanización de las pampas proporcionaba recursos económicos extraordinarios, la paz de la frontera permitía relajar la resistencia militar antipeninsular. En esas circunstancias, se crearon las condiciones propicias para que explotara con toda su furia la guerra por el poder, la disputa faccional y la lucha intertribal. De la antigua guerra territorial se pasó a la guerra social.

Las confrontaciones que se desarrollaron entre los diversos cacicazgos, linajes y butalmapus para capturar el poder tribal afectaron al conjunto de la sociedad mapuche, sin dejar una sola instancia sin tocar. Fue un conflicto total. Esta lucha por el poder se manifestaba en el constante esfuerzo que realizaban los caciques gobernadores, lonkos, ulmenes y capitanes-conas por ocupar nuevas tierras, ganar

2. Pedro Usauro Martínez de Bernabé, "La verdad en campaña. Relación histórica de la plaza, puerto y presidio de Valdivia", en Nicolás Anrique, *Biblioteca Geográfica e Hidrográfica de Chile* (Santiago, 1908), p. 102.

3. Francisco José Marán, "Relación de las misiones de Chile y su frontera", citado por Walther Hanisch, "Memorias sobre misiones jesuitas de 1784-1785", *Historia* (Santiago) 25 (1990), p. 133.

acceso a nuevos recursos económicos y nichos ecológicos, extender las alianzas matrimoniales, militares y rituales hacia otros linajes y reagrupar diversos cacicazgos bajo su liderazgo. Sus acciones también dejaban de manifestar sus deseos de ejercer un control más directo sobre la empresa maloquera transandina, monopolizar el comercio fronterizo, conseguir el nombramiento de capitanes de amigos, tenientes o misioneros para que se asentaran en sus tierras y, por sobre todo, influenciar el desenvolvimiento de las relaciones con los hispano-criollos en beneficio de sus propios intereses.

Los eventos que alteraron la vida cotidiana de la sociedad tribal en esos días fueron condicionados por el desenvolvimiento de las contradicciones que generaban las ambiciones de poder de algunos jefes de linajes y la reacción que provocaban entre aquellos que se oponían a cualquier forma de apropiación de la legitimidad política y social. En la medida en que la mayoría de los caciques, lonkos, ulmenes y capitanes, en sus diversos niveles de jerarquía, aspiraban a la posición de respeto y rango que otorgaba el reconocimiento público de su autoridad, sus rivalidades políticas se transformaron en causa de feroces disputas que terminaban en sangrientos enfrentamientos entre los habitantes de la Araucanía. Sobre todo, se luchaba para impedir que otros se apropiaran del poder y consiguieran ejercer su dominio sobre el resto del linaje, la tribu o el butalmapu. Si la independencia política de cada lonko era la antítesis de la subordinación, el equilibrio de poder entre los cacicazgos era la base de la autonomía social y territorial. Alternativamente, la acumulación del poder podía significar la muerte de los jefes vencidos, la esclavización de sus mujeres y niños, el saqueo de sus riquezas y la destrucción de sus asentamientos ancestrales.

La sociedad mapuche de la segunda mitad del siglo dieciocho se representaba a sí misma como una sociedad igualitaria; la jerarquía política, militar y social era entregada voluntariamente por el resto de la sociedad a los hombres que la merecían por razones de sabiduría, ecuanimidad, prestigio, inteligencia, generosidad o habilidad militar. La sociedad mapuche creaba sus jefes, y sus jefes

legítimos nacían con el reconocimiento de la sociedad. En este sentido, la lucha por el poder que desataban esporádicamente algunos líderes era una forma de apropiación ajena a la sociedad tribal; esta apropiación irregular no sólo encerraba el peligro del quiebre de la legitimidad política tradicional, sino que también implicaba la personificación de la fuerza y la autoridad. La captura del poder a partir de una disputa o lucha era un robo, una "maloca política", un despojo que se hacía a los demás miembros de la tribu, del butalmapu o del cacicazgo. En esos periodos se quebraba el consenso y se rompían los lazos de reciprocidad que desde antaño legitimaban a los hombres que llegaban a la cúspide del liderazgo tribal. Los sujetos sociales que hasta allí habían actuado como creadores de jefes, se transformaban en subordinados y perdían momentáneamente su propia capacidad para ascender en la pirámide tribal.

La apropiación del poder separaba a los jefes del resto de la sociedad mapuche, posibilitaba el surgimiento de estamentos y grupos de dominio y echaba las bases para que una élite exclusiva dictara las reglas del juego a los demás actores sociales. En otras palabras, la captura del poder por un individuo, linaje o butalmapu producía alienación, y se transformaba en un instrumento de coerción que se podría transformar en el primer eslabón de la larga cadena de eventos que llevaría al fin de la sociedad igualitaria. En esos momentos, sin que nadie lo proyectara intencionalmente, se comenzaba a andar por el camino hacia las jefaturas, los señorios despóticos y, finalmente, los proto-estados.

La reacción negativa del resto de la sociedad mapuche contra las ambiciones políticas de los capitanes, lonkos, ulmenes y caciques no provenía de una percepción caprichosa del poder como una manifestación maligna o vil, ni tampoco de una intuición sin fundamento ni historia. Por el contrario, los que se oponían a la enajenación política de la sociedad lo hacían conscientes del peligro que encerraba esa nueva realidad. Históricamente, las luchas faccionales que sacudieron a la sociedad mapuche en la segunda mitad del siglo dieciocho se dieron en el contexto que crearon los siglos de conflicto y coexistencias con los euro-

peos. Acosada en sus regiones periféricas por la irrupción del capitalismo y la cristiandad, la sociedad tribal continuaba estando expuesta al despojo, la servidumbre, al cautiverio y a la muerte, a consecuencia de una guerra contra los blancos que quedó sin terminar.

Los mapuche tampoco ignoraban que al norte del río Biobío, en las fronteras de Cuyo, Buenos Aires y Valdivia, en Santiago, Lima y Madrid, aún persistía el afán expansionista y conquistador, y que sus fértiles tierras despertaban los más diversos apetitos entre hacendados, comerciantes, soldados, misioneros y funcionarios estatales. Ese afán expansionista se había justificado ideológicamente a partir de diferentes principios, dando forma a proyectos políticos que incluyeron las empresas de conquista y fundación de ciudades del siglo dieciséis, pasando por las propuestas de guerra defensiva y las expediciones esclavistas del siglo diecisiete, para concluir en el sistema de coexistencia que se inició con el parlamento de Quilín. En la segunda mitad del siglo dieciocho, el interés por las tierras de la Araucanía adquirió un perfil fundamentalmente económico. Describiendo el estado miserable en que se hallaban los habitantes del distrito de Concepción, el obispo de la ciudad manifestaba en 1765 en una carta al rey:

De que resulta la pobreza que se experimenta cada día más y más en este Obispado, en tanta manera, que mucha de la gente de él anhela a pasarse y vivir en las tierras de los yndios por hallar en ellas la abundancia de que carecen en las propias. .⁴

La Araucanía era vista como un territorio fértil, propicio para la agricultura y el pastoreo, de clima benigno y fácil comunicación, que permitía el florecimiento de una sociedad próspera. A través del contacto cotidiano, los criollos vislumbraban al sur del Biobío la presencia de una economía sólida que hacía posible el intenso tráfico comercial de ponchos, sal y animales, que los mapuche

intercambiaban por manufacturas y productos europeos. Sin embargo, la opinión interesada de los hispano-criollos no reconocía el papel que jugaba la organización tribal en el desarrollo de una economía fuerte y una sociedad que no se veía aquejada por la pobreza, el hambre o la criminalidad, y atribuían la prosperidad a las condiciones ambientales más que a la acción humana. Por el contrario, se argumentaba que la potencialidad económica de las tierras australes era desaprovechada por los indígenas. Como manifestara el gobernador Ambrosio de Benavides en una "Relación General del Estado de las Misiones de Indios" escrita en 1785,

Su aplicación a la agricultura es ninguna y sólo por necesidad del sustento se dedican a sembrar algunos granos y legumbres, que la feracidad del terreno les proporciona cosechas a poco costo y menos fatigas, principalmente el maíz que les es más apetecible para una especie de licor que llaman Chicha. .⁵

El diagnóstico de negligencia que se aplicaba a los mapuche era seguido, en la lógica de los cristianos, por las mismas ideas expansionistas que justificaron el despojo de las tierras indígenas en el resto del continente. La persistencia de las ambiciones territoriales hispano-criollas mantuvo a los mapuche enfrentados a un constante acoso de parte de sus vecinos, que los obligó a permanecer en un estado de alerta militar para poner atajo a las aventuras y proyectos expansionistas. En ese contexto, las aspiraciones de poder de lonkos, capitanes y ulmenes eran un factor que debilitaba los mecanismos tradicionales de cohesión, porque producían el quiebre de los lazos de dependencia y reciprocidad sobre los cuales descansaba la solidaridad militar. En consecuencia, las luchas faccionales fueron vistas por los mapuche a partir de su impacto sobre la sociedad y la merma que

4. "El Obispo de la Concepción de Chile informa a Vuestra Majestad sobre el comercio de ganado y vino que tienen los españoles de su obispado con los Yndios Yñielles, 7 de febrero de 1765", *MM*, vol. 191, f. 302 y ss.

5. "Relación General del Estado de las Misiones de los Indios que estuvieron a cargo de los ex Jesuitas y subsisten en el Reyno de Chile, formada por el Presidente, Gobernador y Capitán General Don Ambrosio Benavides para noticia del Rey Nuestro Señor en cumplimiento de su Real Orden de 31 de enero de 1764", *MM*, vol. 202, f. 235.

provocaban en su poderío militar, lo que los dejaba virtualmente expuestos a las diversas presiones de los hispano-criollos. Lo que más tenían los mapuche era la concentración del poder, porque el destino de toda la etnia quedaba sujeto a la voluntad discrecional de unos pocos jefes. La experiencia de los cacicazgos fronterizos de Concepción, Arauco y la Isla de la Laja durante el siglo dieciséis, cuando se fortaleció la autoridad los toquis hasta transformarse en verdaderos "señores de la guerra", demostró que sin los elementos que tradicionalmente limitaban el poder de los jefes, era más fácil que se produjera el pacto político entre toquis y españoles, o que se desataran guerras sin fin. Por sobre todo, este período de libertad indiscriminada de los toquis probó que las estrategias de sobrevivencia o coexistencia se inspiraban más en las motivaciones particulares de los sujetos que detentaban el poder en el seno de los cacicazgos, que en el interés tribal global. Se intuía que el monopolio exclusivo del poder en manos de un puñado de caciques, lonkos, ulmenes podía también significar la derrota definitiva de los hombres de la tierra.

Durante el período 1760-80, la diversidad de intereses que separaban a los butalmapus, linajes y cacicazgos mapuche eran tan fuertes como los elementos que hacían posible su unidad. Manteniendo un balance entre las fuerzas disgregadoras y las integracionales, los diferentes segmentos tribales emprendían nuevos caminos, ya sea para afianzar sus alianzas territoriales internas o para sacar mayor provecho de las relaciones comerciales, políticas o diplomáticas que se establecían con los hispano-criollos. Describiendo en 1766 a los naturales de la región, el gobernador de Valdivia Phelix de Berroeta manifestaba que eran de

bastante capacidad y avisados, especialmente para lo que les importa; su altivez es grande en sus tierras, aunque la disimulan y encubren entre los españoles. También tienen un poco de doblez y engaño en sus tratos, pero más los arrastra el interés, si bien como gente pobres, de bajos pensamientos, posan su interés en cosas de poca monta.⁶

En general, las comunidades adoptaban diferentes modalidades para crear condiciones materiales que les permitieran sobrevivir en el caótico mundo de los intereses contrapuestos y las disputas faccionales. Así, mientras algunos linajes continuaban defendiendo su derecho a la independencia total con respecto al imperio hispánico y sus dependencias, otros se convirtieron en los más leales aliados de España en la región. Refiriéndose a los habitantes de la reducción fronteriza de Santa Fe, un funcionario colonial manifestaba al respecto:

Que esta reducción por su ventajosa situación dentro de la Ysla de La Laja a las orillas de Biovivo y la fidelidad y constante conducta valerosa de sus Yndios el que en todos tiempos han dado relevantes pruebas, hace tenerla por una parte general de defensa de esta frontera contra los Yndios Yñfieles, y por consiguiente son dignos siempre de la Real Protección y fomento que les dispensa el Gobierno para su adelantamiento y conservación.⁷

Los guerreros de las reducciones de Santa Fe, San Cristóbal, Talcamávida, Santa Juana y Arauco, por citar solamente algunos cacicazgos fronterizos, después de haber encabezado durante siglos la resistencia indígena contra la monarquía, surgieron durante este período como un verdadero 'antemural' contra las incursiones de los maloqueros del interior y servían de puerta de entrada a los conchavadores que se internaban hacia la Araucanía; con sus posiciones de poder aseguradas por el apoyo militar que les brindaban las fuerzas del rey, los lonkos y ulmenes de la frontera constituían una poderosa facción política que participaba activamente en los parlamentos, juntas y parlas con un discurso que llamaba a la coexistencia y rechazaba la confrontación. Una situación similar se registraba en esa época con los pehuenches de los altos del Biobío, respecto a los cuales el virrey de Lima observaba durante la

7. "Informe de Pedro Nolasco del Río, Los Angeles, 1º de febrero de 1792", en Archivo Nacional de Chile, *Capitania General*, vol. 1016, f. 195. Fondo citado en adelante como CG.

6. "Informe de Phelix de Berroeta. . .", f. 14 v.

guerra de 1770: "La nación de Pehuenches a quienes se atribuye el desorden ha sido aliado perpetuo de los Españoles..."⁸ Los misioneros franciscanos manifestaban en 1767 con respecto a los mismos pehuenches:

A todo el Reyno consta, y Vuestra Señoría Ilustrísima sabe muy bien, que en este alzamiento no han tenido parte alguna nuestros Pehuenches, quienes al punto se declararon finísimos amigos de los Españoles hasta llegar a tomar las armas contra sus mismos nacionales.⁹

La intensidad de los antagonismos intestinos solamente tenía un paralelo en la profundidad de las ambiciones de los líderes mapuche. Mientras las alianzas eran frágiles porque se formaban a partir de intereses y no de principios, la conducta política de los lonkos, caciques y capitanes era dictada por un fino sentido de la oportunidad. Si en un momento los pehuenches o los costinos surgían como los aliados más fieles de España, en otros eran sus más encarnizados enemigos. En realidad, los lonkos, ulmenes y caciques no eran aliados de España para defender los intereses imperiales, sino que buscaban la alianza de España para combatir a sus propios enemigos, asegurar sus ganancias territoriales o impedir nuevas pérdidas. Esta flexibilidad política extrema, que crecía cuando el poder aparecía dividido a lo largo de los conos parentales y distribuido en los múltiples círculos socialmente integrativos, quedaba amenazada si el poder tribal era controlado por un grupo minoritario.

La victoriosa lucha contra los tercios españoles en los siglos dieciséis y diecisiete se había conseguido en gran parte gracias a la fragmentación del poder que se repartía entre los diversos cacicazgos, linajes y butalmapus, los que se ponían solamente en los casos de grandes crisis militares bajo el mando de un toqui de guerra. La dualidad del toquiazgo y el cacicazgo, del poder absoluto y del

poder segmentado, permitía establecer un equilibrio político que balanceaba las aspiraciones locales con los intereses globales de la nación indígena, sin que los grupos más pequeños se vieran sujetos a los afanes expansionistas de las agrupaciones más numerosas. En la medida en que la paz tribal dependía de este balance, y que el éxito de la guerra contra los españoles fue determinado por el flujo y reflujo del poder local al poder total, la experiencia de este doble proceso no fue olvidada por los mapuche a pesar de las décadas de paz.

II

La historiografía más reciente de la Araucanía ha formulado nuevos conceptos para concebir los principales procesos que afectaron las relaciones fronterizas, ya sea durante los siglos de contacto con la monarquía o bien después con las repúblicas de Chile y Argentina.¹⁰ Últimamente, se ha propuesto que el estudio mismo de la sociedad fronteriza refleje los intereses de la amplia gama de los sujetos sociales que allí emergían y que se subraye la importancia de los hechos políticos, con el fin de abandonar la historia de episodios y eventos aislados, que si bien es rica en la anécdota, es pobre en el análisis. Desde este punto de vista, es necesario hacer hincapié en la compleja trama de relaciones que configuraban el poder y la política fronteriza, tanto entre los indígenas como entre sus vecinos españoles y criollos.¹¹

10. Sergio Villalobos et al., *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1983); Osvaldo Silva G., "En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos", *CUHSO* (Temuco, 1984), vol. 1, pp. 89-115; "Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos", *Cuadernos de Historia* (Santiago, 1985), n° 5, pp. 7-24; José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago, 1987); Sergio Villalobos, et al., *La Araucanía. Temas de historia fronteriza* (Temuco, 1987); Sergio Villalobos, *Los pehuenches y la vida fronteriza* (Santiago, 1989); Jorge Pinto et al., *Misioneros en la Araucanía* (Temuco, 1988); Leonardo León, *Maloqueiros y conchavadores en Araucanía y las Pampas 1700-1899* (Temuco, 1991); Jorge Pinto et al., *Misticismo y violencia en la Araucanía temprana* (Temuco, 1992).
11. Leonardo León, "El pacto colonial hispano-araucano durante la segunda mitad del siglo XVIII" (Clase Magistral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Metropolitana

8. "Carta del Virrey Manuel de Amat a Francisco Javier de Morales, Lima, 10 de enero de 1770", *MM*, vol. 195, f. 1.

9. "Los misioneros franciscanos informan a Su Señoría Ilustrísima, don Pedro Angel de Espíheira, 12 de agosto de 1767, acerca de la labor que han desarrollado entre los indios y los espléndidos resultados obtenidos", *MM* 194, f. 470.

Entre las tribus mapuche de la segunda mitad del siglo dieciocho se deben tener en cuenta las diferentes estrategias de sobrevivencia y resistencia de llanistas, pehuenches, arribamos, costinos y huilliches, además de las reducciones cristianizadas de la frontera del río Biobío, Valdivia y Chillán. También se deben incorporar las nuevas agrupaciones que surgían bajo el impacto de la expansión araucana en las pampas y Patagonia, tales como los aucas y ranquelches.¹² La interacción tribal durante este período era intensa y echaba raíces a ambos lados de la cordillera de los Andes, se creaban nuevos lazos de parentesco y surgían innumerables linajes en los que se mezclaba la sangre de antiguos enemigos. La Araucanía y Patagonia eran el escenario de grandes transformaciones sociales y económicas, en un período en que los butalmapus mapuche del lado occidental comenzaban a ejercer su influencia en los amplios territorios pampeanos.

La antigua pureza lingüística y cultural perdía su nitidez en la configuración de un universo tribal más rico y poderoso, agitado solamente por las bandas de maloqueros, cazadores de esclavos o de los osados aventureros blancos que incursionaban por sus tierras. Las disidencias que surgían entre

los diversos segmentos tribales de la Araucanía, Neuquén, Limay, Río Negro y la Patagonia septentrional estaban marcadas por su amplitud geográfica y por las nuevas ramificaciones que como verdaderos archipiélagos extendían la influencia de los linajes más poderosos. Este mismo proceso se vivía en el seno de los butalmapus y cacicazgos, que sufrían bajo el impacto de las ambiciones políticas y expectativas de posición jerárquica de caciques, lonkos, ulmenes y capitanes de guerra, que arrastraban tras de sí a las machis, brujos, conas y mocetones.

Los grandes cambios territoriales y las nuevas alianzas militares no sólo modificaban los mecanismos tradicionales de integración tribal, sino que también corroían las unidades sociales familiares estructuradas por lazos de sanguinidad; en su reemplazo surgían los primeros asentamientos organizados por lazos de dependencia de índole económica o política. Estas transformaciones, que sacudían a la sociedad tradicional, se registraban a través del territorio indio, en un período de notoria recuperación demográfica y prosperidad económica. Fue en esos momentos que se comenzó privilegiar los intereses particulares de los cacicazgos o de los butalmapus por sobre los que correspondían a la totalidad de la nación indígena. En otras palabras, durante este período se registró con dramático vigor la lucha política orientada a capturar el poder tribal. Sin embargo, este proceso no fue un evento abstracto ni se dio en el aire. Su escenario fueron los rehues diseminados por toda la Araucanía y las pampas; en cada lugar adquirió una peculiaridad que no puede reducirse a dos o tres generalizaciones.

Los intereses de los hispano-criollos tampoco pueden ser reducidos a una sola expresión, en la medida en que militares, comerciantes, buhoneros, vecinos y terratenientes, por nombrar los estamentos más visibles en el quehacer fronterizo que tenía su base en Concepción, abogaban por distintas formas de acercamiento con los indígenas y postulaban estrategias propias para consolidar sus respectivos ámbitos de poder e influencia.¹³ Desde España, la casa de Borbón tenía sus

de Ciencias de la Educación, 15 de enero de 1992); Osvaldo Silva, "Réplica a una reacción no esperada. Mi respuesta a Tom Dillehay", *Boletín de Historia y Geografía* (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992) n° 9, pp. 57 y ss.

12. Sobre el proceso de expansión mapuche hacia el este durante este período, véase Salvador Canals Frau, "Expansión de los Araucanos en Argentina", *Handbook of South American Indians* (Washington, 1946), vol. 2, pp. 761 y ss. También Leonardo León, "Las malocas araucanas en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla, 1987); "Maloqueros, tráfico ganadero y violencia en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 26 (Köln, 1989). De Raúl Mandrini, "La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX", en Mirta Lischetti, *Antropología* (Buenos Aires, 1987); "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)", en *Anuario Instituto de Estudios Histórico-sociales* 1 (Tandil, 1986), pp. 11-48; "Los araucanos en las pampas", *Boletín de Historia y Geografía* (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992), n° 9, pp. 57 y ss.; De Horacio Zapater, "La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX", en Villalobos, *Relaciones fronterizas...*, pp. 89-105.

13. Mario Góngora, "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile central, siglos 17 y 18", en *Cuaernos de CESU* (1987); Marcelo Marmagnani, *Los mecanismos de la vie economía*

propios planes con respecto del amplio flanco indefenso de la monarquía en el Atlántico sur y la extensa costa austral, y desarrollaba desde mediados de siglo una política intervencionista y centralizadora dirigida a reducir la influencia de los patricios criollos en los asuntos administrativos de Buenos Aires y Chile.¹⁴ El gobernador de Chile, con asiento en Santiago, y el virrey del Perú desde Lima, también elaboraban propuestas con respecto a la pacificación de la Araucanía, a las que se sumaban los proyectos de los franciscanos, quienes después de la expulsión de los jesuitas monopolizaron las relaciones con los indígenas.¹⁵ Las necesidades e intereses de la monarquía eran habitualmente defendidos por el gobernador y, a veces, por los oidores de la Audiencia, mientras que las propuestas de la Iglesia aparecían divididas por las disputas que surgían entre obispos, misioneros y seculares. Gobernador, Audiencia, Iglesia y Cabildo eran los principales protagonistas de la política que se elaboraba hacia los indígenas; por su diversidad de criterios y opiniones, el fruto de sus acciones no era homogéneo ni claro.

En conclusión, los acuerdos y compromisos que regían el intercambio fronterizo hispano-araucano durante la segunda mitad del siglo dieciocho no eran impuestos desde arriba por un gobierno absolutista, ni tampoco eran dominados por un estamento social exclusivo o por alguna tribu o cacicazgo; por el contrario, lo que primaba en el desenvolvimiento de las relaciones de coexistencia entre esos mundos tan dispares era la constante competencia entre los diversos grupos de intereses y actores, que aparecían envueltos en

interminables disputas, intrigas y confabulaciones. El factionalismo, la formación de camarillas y la incesante búsqueda de alianzas daban un tono de inestabilidad a la vida política fronteriza del río Biobío; la trama de las relaciones hispano-indígenas era, por sobre todo, rica y compleja, una verdadera puesta en escena de los dramas mayores que sacudían a la monarquía, a las colonias y a los cacicazgos araucanos de aquellos días.

Sin embargo, esta conceptualización más refinada de la vida fronteriza es un ejercicio limitado, pues, a pesar de los avances que se han hecho en el entendimiento de la historia del contacto entre mapuches y europeos, aún no se ha dado el paso crucial de plantearse una historiografía que dé cuenta de la historia mapuche desde su propia perspectiva; una visión que, apegada al método histórico tradicional, se plantee problemas, interpretaciones y cronologías, teniendo en cuenta los procesos internos de la Araucanía y sus territorios adyacentes en las pampas y Patagonia. Una historiografía que, sin ser indígena en el sentido propio —hecha por mapuche para mapuche—, no sea tampoco un mero reflejo de los eventos que tuvieron lugar en los ámbitos hispano-criollos. En fin, pensamos que es necesario plantearse un estudio del pasado regional de la Araucanía en el que la sociedad indígena sea el sujeto histórico, los indígenas sus protagonistas principales, y cuyo eje narrativo se sitúe en el mundo de las relaciones sociales tribales. ¿Por qué continuar estudiando el desastre de Curalaba? ¿Por qué no iniciar el estudio de la victoria de Curalaba? De lo que se trata es de pasar definitivamente de la historia eurocéntrica que se diluye en el proceso formativo del Estado nacional chileno, a la historia propiamente mapuche.

Los desafíos que plantea el escribir una historia indígena sin contar con fuentes directas son diversos y formidables; sin embargo, la riqueza de los testimonios y la abundancia de los documentos, sumados a más de cuatrocientos años de observaciones, estudios y reflexión, permiten iniciar este camino sin grandes dificultades ni riesgos metodológicos. Obviamente, si se analiza las fuentes con la rigurosidad más extrema, debemos decir que son precarias; pero no usar estos testimonios

dans une société coloniale: Le Chili (1680-1830) (Paris, 1973); Iván Inostroza, *La formación de una sociedad fronteriza: Concepción 1580-1690* (Manuscrito, Santiago, 1992).

14. Néstor Maza V., *La conciencia política chilena durante la monarquía*, (Santiago, 1959); John Lynch, *Bourbon Spain 1700-1800* (London, 1990); *The Spanish American Revolutions* (London, 1989).
15. Holdenis Casanova, "Presencia franciscana en la Araucanía. Las misiones del colegio de Propaganda Fide de Chillán", en J. Pinto et al., *Misioneros...*, pp. 121-197; Albert Noggler, *Las cuatrocientos años de misión entre los araucanos* (Temuco, 1982); Fernando Casanueva, "La evangelización periférica en el reino de Chile", *Nueva Historia* (Londres) 5 (1983).

es condenar al silencio uno de los procesos históricos más significativos y apasionantes del cono sur. Lo que se busca es recuperar el equilibrio historiográfico, devolver su historicidad y su memoria a los 'vencidos', y forjar así una visión más rica y completa de la Araucanía.

III

Este trabajo sobre el surgimiento de los lonkos Curiñancu y Ayllapangui se hace desde la perspectiva de la historia indígena, a través de un estudio de la actividad política tribal en la segunda mitad del siglo dieciocho. Se analiza el problema de la generación del poder entre los caciques araucanos, la formación de alianzas entre los linajes, el surgimiento de federaciones tribales, la manipulación de las relaciones con los hispano-criollos de la frontera del Biobío, y sus secuelas más sangrientas en las guerras internas que afectaron a pehuenches, llanistas, arribamos, huilliches y costinos.¹⁶ El énfasis ha sido puesto en el análisis del problema del poder en un marco cronológico muy estricto y particularizado en la etnia llanista. Desde ya, se debe señalar que en relación a las guerras tribales, se ha subrayado en este trabajo la importancia de las disputas políticas por sobre la influencia que tenían en las rencillas locales las creencias de los mapuche descritas por los funcionarios estatales y los misioneros. Refiriéndose a la venta de cautivos indígenas para el servicio personal en la ciudad de Valdivia, el gobernador de la ciudad manifestaba en 1755:

No son muchos los [indios cristianos] que se logran para el servicio de las familias que pueblan esta Plaza, rescatándolos, a gran fatiga, del rigor bárbaro de sus compatriotas, cuya ignorancia tiene creído no morir ninguno entre ellos de muerte natural; y así luego que fallece algún principal, lo atribuyen a maleficio y recae la culpa ordinariamente sobre quien recae la ojeriza, pagando con las vidas en el suplicio del Juez

toda la familia, hasta los inocentes. De modo que sólo se salvan tal vez aquellos a quien perdona la misma codicia de los indios para venderlos a los españoles, según el encargo que de antemano se les hace, para lograrle el beneficio de sus almas, y el que sirvan algún tiempo en sus casas. Razones que han hecho tolerable aquí este mal comercio. . .¹⁷

Como se desprende del testimonio de Sáez de Bustamante, las rencillas locales eran un hecho frecuente a través de los rehues, pero sus efectos no solo aparecen normados por las reglas ancestrales del *admapu*, sino que también figuran en sus génesis motivaciones pecuniarias. En otras palabras, las causas de estas confrontaciones eran coyunturales y de carácter personal. El encargado de la misión de San Francisco de Valdivia, Joaquín Millán, corroboró en un testimonio posterior que el verdadero motivo de la venta de cautivos era más trivial que estructural:

No todos los indios que se venden en Valdivia se venden por brujos, aunque los que los compran alegan este pretexto; pero la realidad es que se venden muchos por sólo la tiranía y codicia de otros indios que, pretextando parentesco, robos u otros motivos semejantes, venden a muchos pobres huérfanos que no tienen quien los defiendan.¹⁸

La importancia de los factores económicos por sobre los ideológicos, o de las rencillas personales por encima de los antagonismos tribales, reduce el ámbito de las guerras entre vecinos a una dimensión doméstica. Por el contrario, las luchas por el poder asumían dimensiones regionales, envolvían varios linajes y afectaban la mayoría de las veces al conjunto de la tribu.

Todo trabajo historiográfico surge en el am-

17. "Informe del gobernador Sáez de Bustamante. Valdivia, 1755", en Biblioteca de Palacio (Madrid), Manuscritos, vol. 2820, f. 348, citado por Gabriel Guarda, "El servicio de las ciudades de Valdivia y Osorno, 1770-1820", *Historia* 15 (1980), p. 82.
18. "Informe del Padre Joaquín Millán, misión de San Francisco de Valdivia, enero de 1775", citado por Guarda, "El servicio de las ciudades de Valdivia y Osorno . . .", p. 82.

16. Leonardo León, "La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas" 1765-1796", *Nueva Historia* (Londres) 5 (1983).

biente intelectual que crean otros historiadores en torno a un tema; algunos de los planteamientos que se hacen aquí han sido inspirados por la lectura de la bibliografía más reciente. En este sentido, es importante el aporte de Jorge Pinto, quien incurrió de modo pionero en el tema, haciendo referencia al problema de las guerras internas durante el siglo dieciocho, e introdujo el concepto de conflictos horizontales—entre caciques de una misma parcialidad—y verticales—entre caciques y sus mocetones—.19 Holden Casanova se ha referido a los jefes indígenas en el período prehispánico y ha llegado a la conclusión de que "el poder del jefe se acentuó en el seno de la familia, diluyéndose en forma creciente a medida que se ascendía a la tribu".20 Osvaldo Silva ha escrito sobre este mismo tema, ubicando la figura del jefe o toqui en el período más álgido del Flandes Indiano durante el siglo dieciséis. Durante ese período, observa Silva:

surgieron auténticos jefes, los toquis de guerra, cuyas órdenes eran obedecidas por combatientes pertenecientes a diversos linajes, incluyendo los ancestralmente antagonicos. Apareció también el caudillaje, formándose bandas que seguían lealmente a quienes encabezaban malones y distribuían el botín... En el siglo XVI estaban germinando muchos de los elementos que, interiormente, podrían dar nacimiento a una real autoridad y al aglutinamiento, bajo su amparo, de muchos linajes, división territorial y consanguínea autónoma, típica de las estructuras tribales. Todo ello como respuesta a ese endémico estado de hostilidad y belicosidad que caracterizó las relaciones aborígenes-hispanas durante la centuria.21

En 1991, Jimena Obregón escribió un documentado trabajo sobre las guerras tribales en la

Araucanía del siglo diecisiete, subrayando el impacto de la organización territorial en las disputas por el poder y el esfuerzo que se hizo en la sociedad tribal para impedir que "el poder se extienda más allá del grupo local".22 En un trabajo más reciente, Eugenio Alcámán ha realizado una acuciosa investigación en torno a la etnia huilliche asentada en las cercanías del río Bueno, y hace un planteamiento global respecto al carácter que asumieron los conflictos tribales en esa región. La hipótesis de trabajo de Alcámán es que

la sociedad mapuche-huilliche de la región septentrional del Futa-huillimapu durante la segunda mitad del siglo XVIII se desenvolvió en una lucha permanente de sus agrupaciones zonales por mantener un equilibrio satisfactorio entre los medios de subsistencia y reproducción social, aceptando algunas de éstas la extensión de determinados establecimientos españoles como una manera de procurar este equilibrio dentro de un planteamiento general de rechazo a la política de la corona española de reducir a los pueblos indígenas a una condición no dominante o colonial.23

Disputas en el seno de los linajes, conflictos por recursos, caudillaje y oportunismo, confrontaciones que se generan por las contradicciones que prevalecen entre la economía doméstica y la economía pública, sumados a las coyunturas que creaban las operaciones bélicas contra los vasallos de la corona española, parecen ser, en síntesis, los contextos que—de acuerdo a estos autores—explican el desenvolvimiento de las guerras tribales. En la

19. Jorge Pinto, "Frontera, misiones y misioneros en Chile y Araucanía 1600-1900", en Jorge Pinto et al., *Misioneros...*, p. 27.

20. Holden Casanova, "El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica", en Sergio Villalobos et al., *La Araucanía...*, pp. 31-45.

21. Osvaldo Silva, "Guerra y trueque como factores de cambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche", en Guillermo Bravo, ed., *Economía y comercio en América hispana* (Santiago, 1990), pp. 83-95.

22. Jimena Obregón I., "Guerra y paz entre los mapuches o araucanos de Chile: guerras interétnicas y guerras intraétnicas a mediados del siglo XVIII (1640-1655)" (Documento, París, 1991). En la formulación de categorías más amplias, Pierre Clastres, *La sociedad contra el Estado* (Barcelona, 1990), que discute conceptualmente el problema del poder (y su eliminación) en las sociedades tribales. Lamentablemente Clastres no se refiere en su obra al documentado caso mapuche, que quizás le habría permitido entender mejor la evolución histórica de la "Tucha contra el poder".

23. Leonardo León, "The policy towards the Araucanian Indians in Argentina and Chile during the XVIII and XIX centuries" (Ph.D. Thesis, University of London, 1992?), caps. 1, 2 y 3.

medida en que se ha logrado subrayar la importancia que tienen estos conflictos en el desenvolvimiento global de la sociedad mapuche y se ha dejado de lado la explicación cuasi-folclórica que proveía hasta aquí la historiografía tradicional, cada uno de estos trabajos constituye un valioso aporte a la discusión del problema del antagonismo tribal. Además, es importante señalar que la mayoría de los autores citados subraya la estrecha vinculación que existe entre la lucha por el poder (interno) y los conflictos interregionales (externos), buscando una explicación que se sitúa más en la estructura social que en el mundo doméstico o de las rencillas privadas. Pero, en su conjunto, no logran resolver la cuestión del poder y el conflicto social en la Araucanía.

Cronológicamente, cada uno de estos trabajos — con excepción de los estudios realizados por Jorge Pinto y Eugenio Alcamán — están referidos a periodos más tempranos, particularmente a la época más sangrienta del conflicto hispano-araucano. En el caso de Alcamán, la investigación está contextualizada en el ámbito geográfico y social de Futa-huillimapu, región en la cual muchos de los factores que operan en la frontera del Biobío se diluyen o adquieren nuevas connotaciones. Por sobre todo, la aproximación metodológica de la bibliografía citada se mantiene en un plano general, en la medida en que no pretende establecer un proceso sino que se conforma con dar cuenta o registrar el hecho histórico. Si bien no se puede desconocer el aporte que se hace al dejar constan-

cia de un hecho, tampoco se puede negar que la reconstrucción cronológica de estos conflictos puede entregar nuevas perspectivas para entender el impacto de las guerras tribales. Por eso se hace necesario replantear algunos conceptos y categorías para la segunda mitad del siglo dieciocho, en la medida en que el cuadro político, étnico y social de la Araucanía sufrió grandes transformaciones durante esa centuria. Estos cambios impactaron significativamente tanto la estructuración del poder como la distribución de los territorios de los butalmapu mapuche.

La historia de Curiñancu y Ayllapangui demuestra que a pesar de la paz que prevalecía en la frontera, la lucha por establecer bases propias de poder y crear verdaderas dinastías no había cesado ni concluido. Tampoco había concluido el esfuerzo realizado por la sociedad tribal para impedir que surgieran formas autónomas de poder que quebraran el orden tradicional. El equilibrio entre los linajes, los consensos políticos y la paz intertribal dependía, al fin de cuentas, de estas acciones menos heroicas y carentes de brillo, pero que hacían posible la persistencia de una sociedad igualitaria. Es cierto que esta lucha social estuvo durante los siglos dieciséis y diecisiete íntimamente relacionada con la épica de Arauco, pero su desarrollo se situaba en la estructura misma de la sociedad tribal y no en el mero contacto bélico con los europeos. La lucha social era más refinada y sutil, menos visible y más compleja, pero no por ello menos real.